

# EL JESÚS DE LOS EVANGELIOS: SE CONSUMÓ COMO HIJO Y HERMANO

PERSPECTIVAS CRISTOLÓGICAS  
DEL CONCILIO PLENARIO VENEZOLANO

**Prof. Dr. Rafael Luciani\***

*“Se consumó como Hijo y Hermano”  
(PPEV 70)*

## **Abstract**

*In this writing we want to develop the fundamental features of the Christology that is us proposed in the documents of the Plenary Venezuelan Council. Jesus' figure is understands as model of humanity, that is to say perfect man and new man. His project is characterized by the humanization of any relation that oppresses, from real one and sincere reconciliation that must happen between many children who inhabit this society. A project like that us appears as source abundant life.*

*Jesus' practice finds his center in the proclamation of the God's Kingdom and in the Messianic self-consciousness. Therefore, to rediscover the concrete features of Jesus' Messianic department in the Venezuela of today, it implies to center again our life of faith and the own constitution as human subjects on the horizon humanizador of the God's Kingdom, and breaking with models and social, political and religious forms that desdicen of a practice authentic humanizadora and giving of life.*

---

\*Profesor Dr. **Rafael Luciani R.** es venezolano. Licenciado en Educación mención Filosofía por la Universidad Católica Andrés Bello, y Filosofía en la Universidad Pontificia Salesiana con sede en la ciudad de los Teques (Venezuela). Licenciado en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia Gregoriana en Roma. Doctor en Teología Dogmática en la misma Universidad Pontificia Gregoriana. Docente en Pregrado y Postgrado de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y del Instituto de Teología para Religiosos (ITER), profesor de Cristología y Ministerio de Dios. Coordinador de Pregrado de Teología de la Facultad de Teología de la UCAB.

**Keywords:** *Historical Jesus, God's Kingdom, Christology, brotherhood, filiation, Messiah, Lord, anthropology, salvation.*

## **1. El método: Una cristología situada desde lo teológico-pastoral.**

En octubre de 1999 durante la XIII Asamblea Extraordinaria de la CEV<sup>1</sup> se decidió amusir el método teológico-pastoral para toda la reflexión que se haría a lo largo de la celebración del *Concilio Plenario Venezolano* (CPV)<sup>2</sup>. Esta manera de abordar la realidad pretendía discernir los *nuevos signos de los tiempos* que caracterizan a la actual y compleja sociedad venezolana, para “interrogarnos acerca de lo que Dios espera de nosotros a partir de la situación planteada, de cara al futuro” (CIGNS 72). Con esta opción teológico-pastoral del método, el Concilio lograba integrar cuatro lugares o instancias que debían articular el horizonte de su discernimiento sobre la realidad venezolana, a saber: “la palabra de Dios, el magisterio eclesial, la teología contemporánea y las ciencias sociales” (CIGNS 72). Así queda expresado en el Documento intitulado *La contribución de la Iglesia a la gestación de una nueva sociedad*.

Este método encuentra su horizonte y talante en el seguimiento de la figura histórica de Jesús (Mesías Asuntivo) y su proyecto (Reino de Dios). Sin embargo, en la lectura de nuestra realidad eclesial el CPV reconoce que sigue vigente una mentalidad y práctica clericalistas entre obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas (PPEV 64), reforzada por una pastoral centrada en torno al templo y a los sacramentos (PPEV 44), una pastoral cultural y devocional que desdice de la oferta de Jesús, el Mesías, el Señor; y aún no reconoce su llamado a la *liberación* de todo lo que oprime al hombre. Esta liberación que ha de reorientar el modo como se entiende la pastoral eclesial pasa por el reencuentro necesario y urgente de todos los hijos dispersos en esta gran familia de Dios Padre (PPEV 65). Entender la centralidad del proyecto de Jesús (Reino de Dios) como Iglesia es asumir que “la fe cristiana no es sólo relación personal con Jesucristo y confesión de su divinidad, sino también *seguimiento*” (PPEV

---

<sup>1</sup> La XIII Asamblea Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Venezolana fue celebrada los días 19-22 de octubre de 1999.

<sup>2</sup> Usaremos las siguientes *abreviaturas* para los documentos conciliares citados en esta conferencia: CIGNS (*La contribución de la Iglesia a la gestación de una nueva sociedad*); PPEV (*La proclamación profética del Evangelio de Jesucristo en Venezuela*); ECV (*Evangelización de la cultura en Venezuela*).

78) de su praxis fraterna y su proyecto filial en medio de nuestra sociedad actual. La atracción que produce la forma de vida de Jesús no ha de partir del mero conocimiento de su biografía, ni de la sola confesión de su divinidad y, menos aún, de la repetición continua de actos sacrificiales y oraciones devocionales que permean al mundo de lo religioso, en la Venezuela de hoy sino, ante todo, el punto de partida ha de ser el *seguimiento* de una praxis fraterna concreta vivida en la comunidad de las hijas e hijos de un mismo Padre Bueno y Misericordioso. Comunidad de necesitados de una auténtica reconciliación, que se reconozcan e inviten mutuamente al gran Banquete de Dios. Este es el eje de la cristología que nos plantea el Concilio Plenario Venezolano. Una cristología *situada* a partir de las condiciones de nuestra realidad actual y elaborada a la luz de nuestro *seguimiento* al *Jesús de los Evangelios* (ECV 62).

## 2. El punto de partida: Jesús, modelo de humanidad

Inspirado por las palabras de la *Gaudium et Spes* 22<sup>3</sup>, el CPV enmarca a la figura de Jesús como *modelo de humanidad*, es decir, hombre perfecto y hombre nuevo. Su proyecto se caracteriza por la humanización de toda relación que oprime, a partir de una verdadera y sincera reconciliación que debe acontecer entre los muchos hijos que habitan esta sociedad. Un proyecto así se nos muestra como fuente de vida abundante. En la praxis de Jesús se nos revela lo *originario* y *arquetípico* de todo modo auténticamente humano de ser. En este sentido, “los criterios de iluminación y juicio de esta realidad deben partir de la consideración de Cristo Jesús como modelo de humanidad plena, verdadero mediador entre Dios y los hombres” (ECV 59). En la propia praxis de Jesús se nos da a conocer lo *último* y *definitivo* a lo que todo sujeto humano puede alcanzar y está llamado a realizar, de tal modo que, como sostiene la *Gaudium*

---

<sup>3</sup> “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona. (...) El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado” (Constitución Apostólica *Gaudium et Spes*, 22).

*et Spes*: “el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, pues Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente *el hombre al* propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación” (GS 22).

La praxis humana de Jesús se nos presenta como la imagen perfecta del amor que viene de Dios Padre (cfr. 1Jn 1,48). El modo cómo Dios manifiesta su amor a través de las decisiones y la praxis Jesús “es el alma de la solidaridad y de toda acción de servicio a la fraternidad, la justicia y la paz. Es expresión concreta de una fe viva que se debe manifestar en obras de servicio a los hermanos” (CIGNS 79). El amor que brota del Padre es fuente de reconciliación y encuentro entre los muchos hijos. En otras palabras, este amor es la relación fontal en la que la fe, como expresión viva de la fraternidad, encuentra su razón última de ser. Como bien nos alerta la carta de Santiago y recuerda el CPV: “*Supongamos que a un hermano o a una hermana le falta la ropa y la comida necesaria para el día; si uno de ustedes les dice: ‘que les vaya bien; abriguese y coman lo que quieran’, pero no les da lo que su cuerpo necesita, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe por sí sola, si no se demuestra con hechos, es una cosa muerta*” (St 2,15-17).

La humanidad de Jesús sólo puede entenderse desde la centralidad de su modo de vivir y asumir la *fraternidad* a lo largo de su vida histórica, pues en ella encuentra la expresión y correspondencia filial más auténtica y radicalmente humana ante la oferta gratuita del amor primero que le ha otorgado su Padre. Jesús es el arquetipo de esta forma humana de ser en la fraternidad, porque es el Primogénito entre muchos hermanos. Como confiesa la Constitución Apostólica *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, el hombre está “conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos”<sup>4</sup>. Así lo testimonian los relatos evangélicos donde se nos representa el acontecimiento de su Bautismo. En esta relación originaria con el Padre, Jesús nos da a conocer el modo propio y específico que debe orientar toda vida de fe. Si la fe es, ante todo, relación entre sujetos, y no mera confesión de un objeto, entonces ha de encontrar su sentido originario en la experiencia de este amor gratuito e incondicional que Dios Padre ofrece a todos sus hijos, previo a todo acto de justicia y aplicación del derecho. Esta experiencia originaria con Dios Padre encuentra su expresión y correspondencia histórica más adecuada en la práctica y el estilo de una vida fraternalmente asumida, pues “*quien dice*

---

<sup>4</sup> *Gaudium et Spes*, 22.

*que ama a Dios a quien no ve, y no ama a su hermano a quien sí ve, es un mentiroso y el amor de Dios no está en él*" (1Jn 2,4).

Sostener que Jesús es modelo de humanidad conlleva a relativizar toda otra forma histórica (como mediaciones estructurales y personales) cuyas relaciones no sean vividas filialmente de cara a Dios Padre, y asumidas fraternalmente de cara a los otros sujetos con quienes convivimos y compartimos el entramado y destino común de nuestra sociedad. El proyecto de Jesús no es otro que el de la fraternidad vivida por los muchos hijos que reconocen en Dios a un único Padre Bueno y Misericordioso. El CPV entiende que este es el criterio fundamental para discernir la presencia y la voluntad (querer) de Dios en nuestras vidas. "Sólo Jesús es absoluto y modelo de vivencia cristiana, lo cual relativiza toda expresión histórica de relación con él, al tiempo que la adhesión a él convierte en un ser humano nuevo" (ECV 62), descubriendo nuestra genuina vocación humana. Pero así como toda forma histórica de encuentro con Dios queda relativizada (Cfr. ECV 70), también está llamada a reencontrarse desde su propio centro y sentido en el reconocimiento de Jesús como único *Señor*, por encima de otros señores y poderes (políticos, económicos y religiosos) en este mundo. Por ello, el punto de partida para toda cristología ha de ser, como nos recuerda el CPV, el "seguimiento del modelo que es *Jesús de los Evangelios*" (ECV 62). ¿Qué nos revela, entonces, este *Jesús de los Evangelios*, según es presentado en los documentos oficiales del CPV?

### **3. El criterio: Jesús como único señor y mesías**

Como expresión concreta de *seguimiento*, la Iglesia en Venezuela está llamada a conformarse con la propia opción y el espíritu del Jesús que presentan los evangelios, y no el de sujetos o instancias que pretenden tomar su lugar y proponer imágenes que no corresponden al Jesús histórico creído y testimoniado por las fuentes bíblicas. El Jesús de los Evangelios *carga con todos los sujetos y, especialmente con los más pobres y abandonados, desde el Espíritu de Dios*. Esta opción "supone adquirir las opciones ya asumidas por el mismo Cristo, en su *ministerio mesiánico*, y que hunden sus raíces en la predicación de los profetas" (CIGNS 86). Se trata de una opción que debe partir de un serio conocimiento de la realidad de la pobreza que existe en el país (CIGNS 85), pero vivida desde el espíritu de la "comunidad de fe y con caridad fraterna" (CIGNS 87), y no desde una mera sensibilidad social o política. El modo (fraterno) cómo estamos con los otros sujetos de nuestra sociedad marca la diferencia

para un creyente. No basta optar por los más pobres, si éstos no son asumidos como auténticos sujetos de sus propios procesos (Puebla 85).

Esta opción se basa en la “unidad de origen y destino de toda la humanidad”, por la que todos participamos de la misma dignidad como sujetos creados. Más aún, esta opción encuentra su sentido más pleno al presentarse como “signo o sacramento de la radicalidad del Reino de Cristo” (CIGNS 89). En el Reino todos los seres humanos, como hijos, estamos llamados a participar, por igual, en el banquete fraterno que nos ofrece nuestro Padre Bueno y Misericordioso; y en ese banquete gozaremos de los bienes mesiánicos. Es por ello que nuestro origen común como sujetos creados, nos enmarca dentro de la responsabilidad de un destino que debemos construir juntos, en convivencia y comunión fraterna, y no de cualquier modo posible.

En la sinagoga de Nazaret Jesús revela públicamente este *ministerio mesiánico*, al cual alude el CPV, y el sentido de su opción por los pobres y los pecadores. En el contexto de Nazaret, Jesús asume un estilo de vida que lo acerca a las figuras del *Siervo Sufriente* de Isaías (cfr. Is 61,1-11) y a la del *Justo*, inspirado en las palabras del libro de la Sabiduría (cfr. Sab 2,12-20). El Justo se atreve a tratar a Dios como Padre y, por ello, el sufrimiento será la consecuencia de su propio estilo de vida puesto a prueba por el rechazo de los señores, sabios y fieles de este mundo. Como nos recuerda el CPV: “su propuesta fue rechazada por las autoridades religiosas y políticas” de su época (PPEV 70).

La situación vital del siglo I, enmarcada en el período del II Templo, desdecía de la fe y la ética más nobles; negaba el verdadero reconocimiento de la espiritualidad de los *am ha arets*, el pueblo común y humillado, los pequeños aldeanos<sup>5</sup>, para absolutizar la instancia mediadora del Templo y las prácticas de

---

<sup>5</sup> “La imaginación popular encontraba satisfacción en estas promesas: esperaba que la cumpliera alguna gran figura humana que obraría maravillas y redimiría de la esclavitud y la desgracia a los judíos y a todo el mundo, por medio de sus poderes sobrenaturales. Este nacionalismo imaginativo era todo lo que quedaba en los corazones de las gentes sencillas, de los humildes de la tierra, grandes en la fe pero pequeños en los hechos. Las condiciones políticas degradadas, la esclavitud en el hogar y la dispersión en el extranjero, provocaron una grieta en la esperanza mesiánica (que era esencialmente nacionalista: la moral asociada a ella (el reino de los cielos en el sentido de gobierno de derecho decisivo) adquirió, por una parte, una tendencia universalista y, por la otra, una proclividad individualista (que apuntaba a la esperanza humana de que, en el mundo por venir, el individuo sería recompensado por sus buenos y malos hechos) (...). De este círculo de los ‘humildes de la tierra’ surgió Jesús de Nazaret; en él todos estos confusos fermentos recibieron una expresión única y poderosa”. Klausner J., *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*, 220.

sacrificio y expiación. Hoy en día, como en la época de Jesús, seguimos promoviendo una “pastoral muy centrada en el templo: se espera que los fieles acudan a él, en vez de ir a su encuentro” (PPEV 44), y promovemos más las prácticas devocionales y de sacrificios que una auténtica relación de fe sostenida por la comunión fraterna.

Redescubrir el ministerio mesiánico de Jesús en la Venezuela de hoy, implica centrar nuevamente nuestra vida de fe y la propia constitución como sujetos humanos en el horizonte humanizador del Reino de Dios, tal y como fue proclamado y asumido por Jesús a lo largo de su vida histórica.

#### 4. El horizonte: la centralidad del reino de Dios

El Reino es, ante todo, un horizonte simbólico relacional en tensión, tanto personal-social como histórico-escatológico (dimensión de reinado) que tiene un carácter permanente una vez instaurado (dimensión de Reino). La permanencia le viene dada por su definitividad para generar procesos de humanización en la historia, teniendo como sujeto central a Dios Padre<sup>6</sup>. No es una realidad espacial ni local evidente ante los ojos del hombre, pues no pertenece a la historia ni depende sólo del esfuerzo virtuoso de los fieles. Pero tampoco es una realidad extrínseca y ajena a las condiciones de vida en nuestro mundo, pues le marca el horizonte de su sentido pleno y último. La forma bajo la cual el Reino puede hacerse presente, es a partir del reconocimiento del reinado y señorío de Dios que se inicia ya, parcial pero definitivamente, en nuestro presente histórico. Es así como “los bienes de la dignidad humana, la comunión fraterna y la libertad, es decir, todos ellos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia... los encontraremos de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados...” (GS 39).

Cuando hablamos de reconocer la realidad del Reino nos referimos a un modo específico de asumir las relaciones humanas y de promover las mediaciones institucionales en la sociedad; pero, sobretodo, denota las condiciones en las que éstas han de desarrollarse. No apunta hacia su propia realidad, sino que evoca el deseo y la voluntad queridos por Dios para el desarrollo de toda vocación

---

<sup>6</sup> A diferencia de los reinados de este mundo que no son definitivos (Cfr. Dn 4,31), “el Dios del cielo levantará un reino que jamás será destruido, y *este* reino no será entregado a otro pueblo; desmenuzará y pondrá fin a todos aquellos reinos, y él permanecerá para siempre” (Dn 2,44).

humana sin excepción. Por ello, los símbolos del Reino (exorcismos, milagros y banquetes) liberan y restauran a la humanidad fracturada, reconciliándola y haciéndola partícipe, desde nuestra temporalidad, de los bienes mesiánicos prometidos para toda la eternidad.

El banquete del Reino incorpora a los sujetos de una sociedad en la dinámica de lo real y permanente, pero desde el ofrecimiento de una auténtica liberación de las esclavitudes e idolatrías personales y sociopolíticas que producen división, ceguera, inmovilidad, apatía, egoísmo, sufrimiento y exclusión. Desde el horizonte del Reino todo cambio y desarrollo que se quiera promover está llamado a realizarse sólo desde la *misericordia* y la *compasión* que ha de brotar desde nuestros corazones, lo que desdice de cualquier forma de imposición, discriminación, explotación o humillación. Los signos del Reino mostrados por Jesús son, ante todo, gestos de *con-vocación fraterna* que nunca se imponen por encima de la propia libertad personal de cada sujeto, pues piden la adhesión libre y en fe de quien se reconoce como hijo amado.

La noción del *Reino* enmarca la experiencia que Jesús tiene de Dios a partir del modo como se gestan y entran las relaciones humanas. Por eso, dicha noción “está llamada a tener incidencia en la vida personal y en las estructuras sociales” (PPEV 7), y no es solamente un asunto propio de la piedad cristiana. No pertenece nunca al ámbito íntimo y devocional de una vida pseudo-espiritual. Tiene un marcado carácter estructural ya que se trata de “una nueva manera de *vivir* y de *convivir*, un nuevo estado de cosas, una ciudad de hermanos donde Dios es Padre, un mundo gobernado por los criterios y promesas de Dios (amor, misericordia, justicia, paz)” (PPEV 73). Hablar del Reino es pensar en un nuevo orden de relaciones y condiciones de vida teniendo como criterio y norma a la propia praxis de Jesús de Nazaret.

Crear en la centralidad del Reino exige, ante todo, en cada sujeto, un compromiso responsable de cara a la humanización de las mediaciones y estructuras temporales de nuestra historia. Sin embargo, “hay que distinguir cuidadosamente el *progreso terreno* del crecimiento del *Reino de Cristo*” (ECV 76), pues lo político y lo económico, en fin, lo histórico, no es un absoluto, como solemos pensar en nuestras realidades Latinoamericanas y, más concretamente, en Venezuela. El criterio central para la crítica y el desarrollo humanizador de las estructuras sociopolíticas y económicas, se encuentra en el modo como Jesús asumió sus propias relaciones en el siglo I para humanizarlas y, así, salvarlas desde adentro.

Esta noción relacional del *Reino de Dios* “es estructuradora de toda la predicación de Jesús, es el ámbito de la comunión con Dios, así como de la comunión y solidaridad con los hermanos” (CIGNS 73). Podemos decir que desde esta experiencia del Reino, Jesús fue capaz de configurar todas sus relaciones históricas *fraternalmente* (haciéndose hermano) en la medida en que las asumió *filialmente* (como hijo amado), entendiendo, con ello, que la única relación originaria, que es fuente de verdadera vida, es la del Padre, el Dios del Reino (relación de Paternidad).

Hoy en día urge recuperar en nuestra Iglesia esta experiencia originaria que constituye a un discípulo en auténtico seguidor, teniendo en cuenta dos criterios fundamentales: la *escucha* atenta y filial de la Palabra del Padre, y su puesta en *práctica* como hermanos en la nueva familia de las hijas e hijos de Dios (cfr. Lc 8,19-21). Esta vía de la práctica fraterna asumida y vivida como hijos de un mismo Padre desdice hoy del ideal y el anhelo de muchos en nuestra sociedad por un mesianismo afanado que pretenda la sola liberación sociopolítica y económica de la realidad mediante el uso de medios violentos y formas que despersonalizan a los sujetos (anarquía y autoritarismo). Pero también contrasta con la actual búsqueda individual por una falsa paz en muchos cristianos que van centrando sus propias vidas de fe en meras prácticas devocionarias y actos de sacrificio, o que son inspirados por la admiración y el seguimiento a otros sujetos de esta historia, como mediums o falsos profetas, que fomentan, cada vez más, la autosuficiencia individual y la participación en grupos pseudo-religiosos cerrados y privados al estilo de los antiguos maestros cínicos y gnósticos (autarquía, individualismo y neognosticismos).

Crear en el Reino pasa por la desabsolutización de las prácticas devocionarias e intimistas de la piedad cristiana, así como por la superación de una espiritualidad centrada en el templo y los actos de sacrificio. Prácticas que deforman la imagen del “Dios vivo y verdadero” revelada por el “Jesús de los Evangelios”, convirtiéndolo, muchas veces, en un Dios que quiere el sufrimiento y nos pone a prueba a su antojo, como marionetas, a lo largo de nuestras historias de vida. ¿Quién es, entonces, el Dios que nos revela Jesús?

## 5. El Dios del Reino: *Jesús, Evangelio del Padre* (PPEV 68)

En su entrega al proyecto del Reino, “Jesús nos revela a la vez a Dios y a nosotros mismos” (PPEV 70). “Nos revela a un Dios Padre que salva a su pueblo. Nos descubre que Dios no es un ser lejano e indiferente sino un ‘papá

querido', 'Abbá', a quien podemos tratar con confianza y familiaridad" (PPEV 70). Jesús no pretendió nunca sustituir al Señor (Yahweh), el Dios de Israel, "el Dios vivo y verdadero", en quien creyó y a quien amó profundamente como fiel creyente judío que era. Hubiese negado el fundamento mismo de la Alianza (Dt 6,4: *Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, nuestro único Señor*) y el talante propio de su entrega (Dt 6,5-6: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que hoy te mando estarán en tu corazón*).

Aquél Jesús, educado en la tradición judía de los *pobres de Yahweh*, como María, su Madre, aprendió a asumir las *consecuencias fraternas* de su *relación filial* con un Dios que no sólo es Padre, sino, ante todo, *Bueno* y *Misericordioso*. He aquí la novedad del Dios de Jesús y lo que ponía en crisis tanto a los grupos reaccionarios y reformistas, como a los establecidos y dominantes del siglo I, afectando a distintas instancias sociopolíticas, económicas y religiosas de la época. Por una parte, si Dios Padre era Bueno, la bondad tenía que ser querida por él como fin último y horizonte definitivo anhelado para toda la realidad creada (Gen 1,31: "vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era *bueno*"). Pero por otra, si también era misericordioso, entonces los medios practicados no podían ser otros que compasivos y asuntivos, es decir, vividos con espíritu fraterno (Gen 24,27: "Bendito sea el Señor, Dios de mi señor Abraham, que no ha dejado de mostrar su *misericordia* y su verdad hacia mi señor; y *el Señor me ha guiado en el camino a la casa de los hermanos* de mi señor"); antes que devocionales y expiatorios (Mt 9,13: "Mas id y aprended lo que significa *misericordia quiero y no sacrificio*"). Este es el Dios que nos revela Jesús. Un Dios de vida que no quiere la muerte ni el sufrimiento, porque "entra en nuestra historia para salvarnos a todos" (PPEV 71) como "fuente de la humanización" (PPEV 70).

Este Dios de la vida reconoce el sentido definitivo y salvífico de la praxis fraterna de su hijo Jesús de Nazaret, y entiende que en su opción de vida se revela un modelo de auténtica humanidad que corresponde con lo que agrada a Dios (su voluntad). Es por ello que Dios lo consumó como Hijo amado (Primogénito) en medio de sus muchos hermanos ("Así se consumó como Hijo y Hermano" PPEV 70), y lo instauró como Señor de esta historia "que lleva a los seres humanos a su plenitud" (Cfr. PPEV 70) al cargar compasivamente con todos ellos en su corazón.